

# Contaminación y contagio como colapso de límites: Sida y Medio Ambiente

Beatriz Santamarina Campos  
y Fernando Villaamil Pérez

## 1. Situando el problema

El presente artículo surge de la sorpresa de haber encontrado, en el curso de nuestro trabajo de campo acerca del Medio Ambiente (MA) y del SIDA, algo que no buscábamos: ambos temas se encuentran asociados de forma relativamente frecuente. Ello puso inmediatamente ante nosotros un problema, referido a las modalidades de articulación de estos objetos, así como la necesidad de elaborar una interpretación, aún tentativa.

Se plantearían dos tareas: primero, un trabajo de orden descriptivo: De qué forma, en qué nivel de realidad y por medio de qué mecanismos se ponen en un plano bien de equivalencia, bien de oposición, los campos semánticos de los discursos del SIDA y el ecologismo.<sup>1</sup> Una vez centrado este asunto, quedaría aún por dilucidar qué categorías heurísticas son capaces de dar cuenta del problema.

Partimos de su consideración en tanto fenómenos semánticos que encuentran formas de expresión y retóricas específicas. Desde luego, tanto el SIDA como el MA son fenómenos en los que resulta especialmente evidente su carácter de híbridos, con dimensiones tanto biológicas como sociales y discursivas. El presente trabajo considera estos asuntos en tanto fenómenos discursivos. De cualquier manera, vaya por delante nuestra convicción de que en la construcción concreta de los discursos acerca del MA y del SIDA, en las redistribuciones de sentido que se operan, está en juego mucho más que la mera expresión de unas «realidades» que seguirían una dinámica distinta, autónoma. Estamos ante juegos de poder en los que se deciden identidades y exclusiones, atenciones y silencios, definiciones de lo que la vida ha de ser, más aún, de quién y cómo ha de morir o vivir.

No es tarea fácil analizar de qué forma llegan estos objetos a encontrar una articulación, aunque parece inevitable comenzar por la delimitación y caracterización de los discursos a los que haremos referencia. Así, distinguiremos en primer lugar entre los que se establecen dentro de cada disciplina y que tienen un carácter académico, de aquellos que van dirigidos a una amplia mayoría para su difusión. Es precisamente en la frontera entre lo científico y lo moral desde donde se ligan los problemas medioambientales con los de salud. Nos centraremos en el discurso de los medios de

comunicación, en ciertos textos de especial repercusión de las «paraciencias» y en el discurso cotidiano recogido a través de entrevistas.

Esta distinción saber científico/saber moral debe ser entendida en términos estrictamente operativos. Naturalmente, desde un punto de vista más riguroso la relación entre pensamiento académico y pensamiento vulgar resulta enormemente problemática. Si bien es cierto que ningún discurso está libre del impulso metafórico<sup>2</sup>, consideraremos que lo que diferencia a las modalidades por las que nos interesamos es por un lado, desde el punto de vista de los contenidos, la utilización de enunciados heteróclitos que proceden a su vez de discursos diversos. Se ignoran tanto las reglas que en el discurso científico regulan la producción de hechos y verdades como la delimitación que cada disciplina académica opera de su propio campo de lo real. Formalmente, desde un punto de vista general, destaca la puesta en marcha de un esquema que consideramos fecundo describir como metafórico, en cuya base se encontraría la modalidad de pensamiento que con Lévi Strauss (1988) cabe calificar de «concreto». Sin pretender ser exhaustivos, encontramos asimismo una utilización característica de patrones narrativos, cuyo esquema es reiteradamente el del mito de la caída, con la construcción de un pasado perfecto e irrecuperable, situado temporal y espacialmente de forma vaga, al que seguiría la irrupción de determinados acontecimientos cuya consecuencia sería la pérdida de la noción de perfección y que estarían relacionados con un presente marcado por la degradación. Tendremos ocasión de referirnos a esta estructura narrativa más por extenso.

Por otro lado, la desactivación de los mecanismos de producción de verdad científica («hechos») implica asimismo un uso mucho más libre de recursos expresivos retóricos como la metáfora y la metonimia, así como un empleo mucho menos sujeto a convenciones de los verbos modales que en el discurso científico. En definitiva, estaríamos ante una llamativa equiparación de lo verdadero con lo plausible, muy alejada de la legalidad científica.

Desde el punto de vista de su legitimidad, ésta proviene tanto del empleo del sentido común como base argumentativa como de la parasitación de ciertos elementos retóricos y temáticos del discurso de la ciencia, obteniendo legitimidad «por contagio».

En realidad, podría decirse que el discurso científico se sitúa en el ámbito de la purificación, mientras que lo que damos en llamar discurso moral se complace en construir mediaciones entre objetos de órdenes de realidad diferenciados en el paradigma de pensamiento racional.

Al referirnos a la construcción del discurso moral, siempre referido a las costumbres y valores, habría que destacar el juego que se establece a partir de la ruptura con las convenciones del discurso científico, tanto biomédico como ecológico, del que no obstante parasita en buena medida su legitimidad. La ruptura de los límites constituidos del campo científico implica la creación de marcos de sentido que articulan categorías culturales con la pretensión de construir un discurso que logre tener una repercusión social. Atravesar la frontera lleva irremediablemente un cambio de vestimenta, en el que se abandona el ropaje científico para arrojarse en el moral. Ello implica, por un lado, la utilización más o menos explícita de valores y patrones culturales, y, por otro, a la preservación siquiera parcial de las marcas de lo científico.

## 2. Vida y salud

**S**IDA y MA, en términos generales, se asocian siguiendo dos modelos. Por un lado, a través de su equiparación en el discurso de los actores, entendiendo este término de forma amplia. Al ser puestos en equivalencia por medio del operador más o menos explícitamente presente del «es igual a» (enumeración), se procura una conexión inmediata aunque compleja de sus respectivos campos semánticos. Por otro lado, cabe asimismo identificar una serie relativamente limitada de metáforas, capaces de operar en ambos planos, que giran en torno al binomio comunicación/ contaminación. En este segundo caso, la conexión no tiene por qué ser explícita, lo que no impide que tal estructura metafórica sea en los textos examinados el verdadero motor del discurso. Además, pretendemos mostrar que tal binomio opera asimismo de forma autónoma de los discursos ligados explícitamente al SIDA/ MA, lo que puede indicar que estamos ante un fenómeno de carácter más general, ligado al modo de pensar la relación entre el sujeto y el otro, el sujeto y el mundo, propia de nuestra cultura.

Esto queda patente a lo largo de los discursos con los que nos hemos enfrentado. En las siguientes citas podemos observar como el problema del SIDA pasa a ser un problema ecológico, y a la inversa como el problema ecológico pasa a integrarse en la problemática del SIDA.

*«Más allá de la ambivalencia de la modernidad, en lo que se basa el mito de la gran sociedad es en la elección de la vida como valor supremo. A pesar de sus taras Occidente ha hecho de la vida un valor universal. El primero, el más indiscutible de los valores del hombre, es la vida, la vida y nada más. Y ahí, el progreso es indiscutible, objetivo, comprobable... El empeño terapéutico manifiesta esa obsesión de acosar a la muerte por todas partes y a cualquier precio. El SIDA constituye un desafío. Si Occidente no es capaz de dominarlo, lo que está en peligro es su pretensión de encarnar la vida.»* (Lautache, 1993:58)

*«Hemos creado un ambiente contaminado porque muchos de nosotros, hasta cierto punto, creemos que las ganancias económicas son más importantes que la calidad de vida. Así, la responsabilidad de la creación de la polución del aire y del agua no es sólo de las corporaciones cuyas fábricas liberan toxinas al medio, sino de cada persona cuya vida, no importa en que forma, refleja las mismas prioridades y creencias.»* (Shealy y Myss, 1992: 26)

El eje que dota de sentido a estas fintas discursivas es evidentemente la equiparación entre enfermedad orgánica y degradación medioambiental a través de la explotación intensiva de la ambivalencia que oculta el carácter autoevidente de un concepto como el de vida. Pero además se nos presentan como retos. El desafío del SIDA y del MA supone cuestionar precisamente la elaboración cultural de la noción misma de vida. Si asistimos en Occidente a una consagración de la «calidad de vida» como valor supremo a través de los múltiples discursos políticos, económicos y sociales, no es menos cierto que bajo esta fórmula la calidad determina la vida. El reproche precisamente está en la radical imposibilidad de pensar esa determinación en términos absolutos, y en las paradojas que a partir de ella se crean.

El progreso, que se constituye como mito y motor de la modernidad, se ve amenazado por

su contrario, la degradación. Si ambos, progreso y degradación, entran en una contradicción que es gradual, pero absoluta desde una perspectiva ontológica, la vida como un todo entra en una crisis de interpretación.

*«La dinámica de las modernas sociedades industriales ha puesto en marcha un proceso probablemente irreversible de disolución de los vínculos sociales y las identidades tradicionales. Lo familiar, lo solitario, lo acogedor, parece desintegrarse a nuestro alrededor: y nos vemos expuestos, desguarnecidos, a la intemperie.»* (Riechmann y Fernández Buey, 1994: 11)

Es entonces cuando el MA y el SIDA retan al discurso, haciendo intolerables sus paradojas mientras la vida, tanto individual como colectiva y en el entorno, devienen problemáticas.

El SIDA representa de forma patente la crisis del sueño moderno de la inmortalidad proporcionada por el progreso, del cuerpo infinitamente perfectible y controlado, solicitado por saberes frente a los cuales se sitúa en una relación de objetivización. Si en el mito higienista moderno del cuerpo sano no es la existencia de vida la que es signo de la salud, sino a la inversa, la salud misma la que determina la vida<sup>3</sup>, el SIDA se constituye en escándalo, en fenómeno en torno al cual florecen imparables los sentidos más diversos porque representa una paradoja y una monstruosidad, aquello que es imposible y sin embargo es.

*«¿Por qué existe SIDA en el mundo? Yo creo que está aquí para mostrarnos que estamos arruinando nuestras vidas y nuestro planeta. Nuestros cuerpos y el mundo físico tienen una gran necesidad de curación. Se contamina el aire; se envenenan los peces con productos químicos; muchas zonas se ven despojadas de su vegetación; aún creamos guerras y nos torturamos mutuamente. Atiborramos nuestro cuerpo con alimentos sintéticos y lo maltratamos con cigarrillos, alcohol y otras drogas. Vivimos temerosos de un holocausto nuclear. Todos estos males son como enfermedades y por ello pienso que todo el planeta vive una forma de sida.»* (Hay, 1990:284)

Hemos escogido estas citas no sólo con el objetivo de mostrar en acción esa articulación,

que aparece de forma reiterada bajo fórmulas diferentes, sino porque además nos sitúa ante un plano de equivalencia simbólica donde podemos encontrar un continuo. Es decir, tanto en los textos ecologistas como en los de SIDA a los que hacemos referencia vemos aparecer una voluntad de transgredir la particularidad hacia la generalidad, de hallar un más allá de lo dado desde donde el sistema de diferencias que constituye lo social pueda ser recompuesto bajo una nueva luz.

El discurso moral se construiría entonces sobre la delimitación de un área de realidad que se edifica como problemática. Al hacerla explícita, establece necesariamente una tensión que lleva a la activación de principios generales con el objeto de dotar de significación un sistema de visión de la realidad que entra en crisis. Con ello queremos sugerir que la aparición de ambos fenómenos en un mismo plano discursivo obedece a la remisión de dos campos de sentido analíticamente diferenciables a un nuevo plano haciendo así aparecer un significado distinto y regido por una legalidad que ya no se atiene estrictamente a la lógica del pensamiento analítico. En esta operación se establece una tensión que lleva a un toma y daca entre niveles en un juego de restitución del sentido.

*«Son nuestro rechazo y nuestro odio a nosotros mismos los causantes de todos los problemas que hay sobre la tierra. El microcosmos refleja su positividad o negatividad en el macrocosmos.» (Hay, 1990:277)*

En los textos propuestos vemos como se produce un salto de lo que se consideran cuestiones ecológicas o de salud a otros ámbitos. Esas piruetas retóricas fuerzan y permiten entrever como se invaden todas las esferas, diluyendo y mezclando categorías a través de una violación que permite la estructuración de un nuevo discurso que engloba y recorta tanto lo individual como lo colectivo.

### 3. La identidad inestable

**E**n el caso del SIDA, tal juego retórico es patente en los escritos de lo que podríamos englobar bajo la etiqueta de «enfoques alternativos» o «paraciencias», caracterizados, como hemos visto, por su falta de respeto de la legalidad científica.

*«Los individuos pertenecientes a estos grupos culturalmente aislados que son más susceptibles a la infección por el virus del SIDA, si éste penetra en su torrente sanguíneo, son aquellos que han interiorizado esta falta de amor dándose la espalda a sí mismos. Esta falta de amor propio se evidencia por la elección de sus condiciones de vida que contribuyen a gran parte del estrés interno y externo condiciones tales como un medio ambiente polucionado, radiaciones, mala dieta, fármacos, descuido del cuerpo, trabajo excesivo, falta de alegría, encuentros sexuales que no satisfacen las necesidades de unión emocional y espiritual, conflictos emocionales no superados, ansia y frustración profundas, comportamiento compulsivo y adictivo, etc. El núcleo del problema [es] la falta de amor desde fuera interiorizada como una falta de amor propio.» (Serinus, 1991:112)*

En la cita propuesta como ejemplo, observamos una forma articulada, y por tanto significativa, de elaborar esta implicación entre SIDA y MA. Ya en una primera aproximación descriptiva puede identificarse la centralidad de los conceptos de contaminación ambiental y contagio, puestos de alguna manera en un plano de equivalencia por medio del tropo de la enumeración. Aquí, de modo explícito, vemos cómo son identificadas y conectadas entre sí áreas de la realidad por medio de su categorización común en cuanto desórdenes: La enumeración subraya la presencia de la connotación común de degradación, que engloba tanto una pérdida de estructura, de diferencia entre el sí mismo y lo otro, como una pérdida de identidad: la contaminación como colapso de los límites.

Así, una degradación de la forma es situada en el origen de la pérdida de sentido, de manera que un concepto tan ambiguo y difícil de definir como «amor a sí mismo», o «amor propio», opera como un auténtico mecanismo de equivalencia generalizada, una causa última y polivalente que tiende en última instancia a operar una restitución del sentido perdido.

En este mismo artículo se hablará consecuentemente de «destoxificación» y «limpieza» como principios de sanación: un ideal de individuo sano en cuanto puro en el sentido más literal, es decir, no mezclado, opuesto al individuo

intoxicado, sucio, perdido en una interacción demasiado estrecha con el medio, con un entorno en sentido amplio, marcado por el desorden y su equivalente simbólico, la suciedad, y por tanto peligroso, que incluye tanto el medio físico como humano, englobado en un OTRO indiferenciado y demasiado próximo.

Esta problemática de la inestabilidad del límite es fundamental en el discurso de la pedagogía «oficial», que puede ser descrita como un intento repetidamente fallido de reconstrucción en torno al SIDA de la categoría normativa de ciudadano normal (sexo legítimo frente a sexo seguro para los excluidos) y su relación con los excluidos de tal categoría, en términos de solidaridad tanto como de evitación. Así, en la última campaña oficial se nos propone una fotografía, gente «normal y corriente»; y un lema: *Todos somos iguales ante el sida*. El slogan entra en una curiosa dinámica de producción de sentido con la foto, abriendo dos posibilidades de respuesta en torno a la delimitación de quién es ese «TODOS» representado y al que se apela:

Alguno de los personajes es homosexual o drogadicto; estaríamos ante una desestabilización de la categoría «ciudadano normal» («nadie es normal») al que apela el anuncio, que sería indistinguible de aquéllos a los que hemos aprendido a lo largo de 15 años a identificar como «sidosos», al menos potencialmente.

Una segunda posibilidad es que la foto retrate sólo a «gente común y corriente», en cuyo caso el «ciudadano» se enfrenta nítidamente a los «otros». Paradójicamente, una lectura que enfatice la igualdad consigue todo lo contrario: solidifica las poblaciones, enfrentándolas, siendo que el grupo que queda fuera de campo, «maricas y yonquis», es el que está destinado a transmitir la enfermedad al grupo inocente, que debe protegerse, no puede determinarse (se confunde) si de la enfermedad/VIH o del propio grupo de los «afectados». En el anuncio televisivo, esto es especialmente evidente al utilizarse el recurso del desenfocado-enfocado, que inevitablemente trae a la mente asociaciones de mira de arma de fuego y de francotirador.

La indecidibilidad del sentido de «Todos» permanece, aún cuando sea la segunda lectura la que se impone. Estaríamos ante lo que consideramos uno de los elementos centrales de la reconstrucción en torno al SIDA de los límites de las identidades «normal» y «perversa».

#### 4. La pérdida del referente natural

En el caso de la reflexión medioambiental podemos decir que la conciencia de desórdenes es patente y en un doble sentido. Por un lado, se percibe que el orden atribuido a lo Natural, visión clásica del pensamiento Occidental, se ha visto bruscamente modificado por la humanidad perdiéndose con ello el equilibrio. Esta pérdida de lo natural nos sumerge, por tanto, en un caos impredecible pero en cualquier caso cargado de connotaciones negativas más o menos catastrofistas. Dado que el abuso, sobre todo de la sociedad actual, se percibe en términos de límite transgredido, no es extraño encontrar a menudo expresiones que hacen referencia precisamente a este término como «límites del crecimiento»<sup>4</sup>. No está de más subrayar cómo se produce un cambio de personajes en la personificación de la Naturaleza y así, dependiendo del momento o de los autores ésta pasa a ser madre o madrastra con toda la significación que nuestra sociedad otorga a estas dos figuras. La ruptura de la frontera entre naturaleza y cultura, dicotomía por otro lado obsesiva y falsa pero operativa, lleva a la disolución de las demarcaciones tradicionales. Esto nos sitúa en un profundo desorden, en una degradación que permite dirigir los discursos hacia lo que se denomina el «paraíso perdido». La vuelta a la naturaleza, que tantos ecologistas predicán, supone que «cualquier tiempo pasado fue mejor». El hecho es que ante la conciencia del desajuste, y la pérdida de identidad que tal proceso conlleva, se busca en la tradición la consagración del orden.

Por otro lado, esta conciencia de desorden queda plasmada de forma significativa a la hora de elaborar los textos. La centralidad del concepto de contaminación ambiental es lógico tanto porque a partir de éste se articula el discurso ecologista como porque él mismo permite, como señalamos más arriba, encapsular el colapso de límites. En este sentido, la degradación forma parte de un todo donde se percibe claramente como el planeta, la tierra o el mundo<sup>5</sup> pasan a ser sujetos susceptibles de presentar síntomas. Al emplear este recurso de la personificación el vocabulario del campo de la salud y la medicina está listo para ser aplicado metafóricamente a los problemas del planeta/tierra/mundo.

El aspecto que queda reforzado en este proceso es el de degradación.

*«La enfermedad ambiental es una enfermedad incurable...los orígenes de nuestros problemas ambientales nos ha dejado la costosa y continua batalla contra los síntomas... las organizaciones nacionales lidian con la enfermedad ambiental negociando sobre el tipo de «tiritita» a aplicar; los grupos comunitarios lidian con la enfermedad intentando prevenirla.» (Commoner 1992:171)*

Si el MA está enfermo, y como tal representa la transgresión del orden, como podemos observar, los tropos semánticos que aparecen para definirlo estarán todos marcados dentro del campo de la suciedad. *«La reflexión sobre la suciedad implica la reflexión sobre el nexo que existe entre el orden y el desorden, el ser y el no-ser, la forma y lo informe, la vida y la muerte.» (Douglas, 1975:19)* Se establece en un mismo plano simbólico la contaminación, la enfermedad, y la muerte acompañados de asociaciones que más tarde analizaremos con detalle como los desechos, el humo, la basura... Pero no sólo esto sino que al hacerlo y conectar con todos los órdenes de la realidad, construyen un discurso globalizante donde se produce una restitución metonímica, por mor de la cual se abre la posibilidad de una característica comprensión de lo natural y de su relación con lo humano. Esta delimitación del sentido lleva a traspasar las características de la percepción del MA al medio social. Y aquí de nuevo encontramos al SIDA como parte integrante de todo este conjunto de transgresiones que ponen en evidencia la conciencia de desorden, pues si bien este puede ser traducido en orden a través de lo simbólico no deja de representar aquello que no se puede acotar: lo peligroso. La degradación medioambiental se vive como una degradación social, y a la inversa. Los nuevos miedos y amenazas se perciben como un todo.

*«Muchas personas se han sentido atraídos por el movimiento ambientalista a causa de su desencanto ante el estado de la sociedad humana...Consideran la sociedad industrial como el origen no sólo de los problemas ambientales, sino también de los problemas sociales, políticos y económicos.» (Commoner, 1992:163)*

## 5. Topografías morales

La salud y la enfermedad son los dos polos tensionales que, en este caso, permiten poner en comunicación fenómenos que aparentemente no están conectados en el mismo plano de la realidad. No sólo es a través del examen de esta riqueza de los campos semánticos respectivos como se hace posible poner en evidencia sus entrecruzamientos. Si nos remitimos ahora a su localización en el espacio, tanto geográfico como social y simbólico, el encuentro entre ambos vuelve a ser inevitable. Las topografías culturales permiten reconocer, clasificar y ordenar en un juego de posibles. A modo de ejemplo, ya ha sido suficientemente señalado por la antropología social que cuando nos enfrentamos a textos como un plano urbanístico, estamos viendo a actuar a la cultura como comunicación. En un plano podemos ver como está implícito en última instancia un elemental esquema ordenador. Los sistemas de dicotomías tales como dentro/fuera, cerca/lejos, abierto/cerrado, sucio/limpio, así como los principios de asociación y oposición simbólica, nos pueden servir como punto de partida para identificar un primer plano significativo del sistema espacial.

Todo lo que acabamos decir nos puede ayudar a analizar mejor la realidad del MA y el SIDA, tanto en su geografía como en su morfología simbólica. En primer lugar cabe situar a ambos en la marginalidad. En el caso del MA los lugares más afectados por la contaminación suelen ser los barrios marginales como han denunciado numerosas veces los ecologistas. Veamos a modo de ejemplo una descripción breve de un ecologista que hace referencia a un barrio marginal de Washington: *«El ambiente se caracteriza por un aire viciado, un agua sucia y unas personas enfermas y agonizantes».* Barrios rodeados de desechos, contenedores, fábricas abandonadas salteadas con algunas en funcionamiento, terrenos con escombros, basura... y barrios que además se corresponden a los niveles socioculturales más bajos. Además, estos se caracterizan por un alto grado de conflictividad. Y aquí entra de nuevo el SIDA, cuya localización social/ espacial viene a coincidir en buena medida: la desigualdad en la distribución de la enfermedad y del riesgo de contagio, de la información acerca de la prevención y de los recursos de sanación dispo-

nibles, traza un mapa de la enfermedad en el que se hacen discernibles de nuevo un centro «normal» y una periferia «marginal». La imagen del drogadicto y de la jeringuilla, así como la del «perverso sexual», quedan enmarcadas en el discurso social dentro del paisaje que acabamos de describir. La parte menospreciada de la sociedad: el arrabal, las ruinas, la noche, basuras y fábricas. Ello se debe no sólo a la correspondencia entre oposiciones binarias como sucio/limpio, salud/enfermedad, sino también a asociaciones semánticas. Está presente todo lo que contiene significaciones que están inmersas en connotaciones de marginalidad: lo sucio, lo contaminante, lo podrido, lo ruinoso. La suciedad es negación de limpieza, lo mismo que la pobreza lo es de la salud. Vemos como tanto a nivel espacial como moral se ordena un diagrama mental.

Este diagrama mental no parece estar dado de una vez para siempre, antes bien, resulta de la fijación rígida de límites espaciales/sociales que en la práctica resultan ser una y otra vez transgredidos. En las entrevistas, resulta notorio cómo se dibuja un patrón general según el cual, si tras un primer momento puede identificarse MA con naturaleza, situándose ésta en un exterior vago pero delimitado, en un más alto nivel de síntesis tales límites se difuminan progresivamente hasta incluir el entorno inmediato de los entrevistados. Esto se produce en paralelo a los del campo de acción de la contaminación, que pasa de situarse en la intervención en el nivel planetario, global, del «hombre» en la «naturaleza», a desplazarse hacia la cotidianidad y a definirse explícitamente en torno al concepto de suciedad. Asimismo, a una identificación de responsables que procura deslindar con nitidez los otros contaminantes del nosotros «inocente», le sucede un discurso en el que las responsabilidades se atomizan, según el cual «cada uno de nosotros» contamina. Llamativamente, es de nuevo la suciedad la que viene a jugar el papel de eje del discurso.

Pero, además en oposición al desorden aparece el centro estructural simbolizando el orden y la moral. Lo normal y las afueras se connotan de manera antagónica y sirven de estructuradores del orden social. Tanto el SIDA como la contaminación ambiental presenta una geografía concreta. El mapa que dibujan ambos se corresponde a la marginalidad que ambos conllevan.

Se trata, sin embargo, de un problema algo más complejo. Más allá de una geografía social

coincidente, que los autores considerados se encargan sobradamente de subrayar; más allá de la coincidencia en una distribución desigual de la salud y la enfermedad, de la contaminación y la pureza, el que los recursos estilísticos considerados tengan éxito, es decir, resulten plausibles, parece estar relacionado con una conciencia difusa de la inestabilidad de las propias nociones de limpieza y salud. Pensar el SIDA tanto como pensar los problemas medioambientales supone un reto a las nociones del otro y la naturaleza concebidas de modo absoluto. La consecuencia inmediata de ello es la desnaturalización de tales nociones, es decir, una pérdida de su carácter autoevidente y más fundamentalmente la expresión de la naturaleza problemática de los límites entre el yo y el otro, entre la naturaleza y la sociedad. Es la pureza misma la que deviene problemática, la que ya no puede ser aprehendida en «categorías claras y distintas». Crisis medioambiental y del SIDA parecen introducir un elemento de ambigüedad fundamental en tal aprehensión. Lluvias ácidas invisibles o indistinguibles del fenómeno meteorológico normal; mutaciones genéticas inducidas de consecuencias imprevisibles; trasplantes de órganos desde el mundo animal al humano; virus que utilizan el material genético de la célula normal para ponerla a su servicio operando transformaciones mortíferas... Figuras que pueden enumerarse largamente y que poseen el rasgo común de introducirse en la normalidad para hacerla ser otra cosa, de producir y simultáneamente expresar una profunda ansiedad en torno a sus límites.

## 6. Deslindes espacio-temporales



eslices a veces sutiles, imperceptibles; desórdenes que otras veces son explícitos en los discursos, como el que proponemos de un ecologista; juegos que nos acercan a las contradicciones que nacen de la profanación de un orden:

*«Se han trastornado conceptos que parecían definitivamente estables, como el concepto de tiempo o el de materia... Simultáneamente, ha cambiado el rostro del Planeta. Imperturbable, prosigue su trayec-*

*to cíclico en el espacio, pero se han producido en su superficie hechos inauditos. No, como durante mucho tiempo, al ritmo lento de los fenómenos cósmicos, sino al ritmo desenfrenado de las maniobras de los hombres.»* (Jacquard, 1994: XV)

Y es que entre los desórdenes que se condensan en las categorías de contaminación y degradación juegan un papel preponderante lo referidos al espacio y al tiempo. A este respecto destaca Giddens (1992) la conexión íntima entre estos términos propia de las «sociedades premodernas», en las que el ritmo del transcurso del tiempo es ligado a la definición espacial del grupo: «*El «cuándo» estaba casi universalmente conectado con el «dónde» o identificado por medio de acontecimientos naturales regulares»*. El «vaciamiento del tiempo» o establecimiento de una regla de medición universalmente válida; y la separación del «espacio» de la «localidad», o el fomento de relaciones con otros distantes que disuelven el fundamento siempre referencial y concreto del espacio de las relaciones sociales cara a cara en un espacio cada vez más fantasmagórico, son fenómenos que abren paso a lo que el autor llama el *descentramiento* de los sistemas sociales. Las relaciones sociales son extraídas de sus contextos sociales de interacción y reestructuradas sobre la base de tramos espacio-temporales indefinidos.

Siguiendo a Augé (1995), en el pensamiento anterior al siglo XVIII la reflexión acerca de la alteridad aparece profundamente marcada por la experiencia de la pluralidad. La diferencia entre el yo próximo y los otros, lejanos y exóticos, es pensada como diferencia cultural relativizada en el marco de la existencia de una sola raza humana. Los cambios sociales que se desencadenan a partir del siglo XIX están en el origen de la disolución progresiva de la categoría de lo exótico: la contracción espacial del planeta y el acceso a la contemporaneidad de los pueblos ponen sobre la mesa la necesidad cada vez más imperiosa de redefinir la identidad del yo, occidental y simultáneamente cada vez más planetario, antes salvaguardado en las seguridades de la posición de observador. Paralelamente, en palabras de Augé, «*si los otros son menos otros, lo mismo ya no es más lo mismo.»* (Augé, 1995: 82): El otro es descubierto en el seno de la propia sociedad del observador y al interior del propio individuo.

Estos cambios se hacen definitivamente manifiestos con lo que podríamos llamar posmodernidad.

La recepción del fenómeno de la disolución de la identidad entre lo exótico y lo lejano, de la unificación de las experiencias de la pluralidad y la alteridad; en una palabra, la disolución de las categorías espacio-temporales tradicionales, abren paso a la necesidad de redefinir aspectos centrales de la simbolización de la identidad y la alteridad, es decir, de construir simbólicamente las nuevas formas de relación social propias de la contemporaneidad cuyo diagnóstico nos ofrece Giddens. Los fenómenos de la globalización y la contemporaneidad absolutas de un mundo postradicional, son leídos de nuevo como crisis (Giddens, 1992).

Entendemos que la recepción de este fenómeno de la disolución del paradigma espacio-temporal moderno, cuyos rasgos generales hemos tratado de esbozar, nos ofrece claves fundamentales en la comprensión de los discursos del MA-SIDA, que tendrían en este contexto un papel de matrices de intelección cultural de la crisis de lo natural y el yo: por un lado, las narraciones que pretenden dar cuenta de los orígenes de los problemas medioambientales y del SIDA tematizan insistentemente un pasado que se presenta con rasgos difusos a excepción de la existencia de límites precisos entre los colectivos humanos y entre éstos y un medio natural intocado, puro. Este pasado mítico es percibido en fuerte contraste con un presente degradado, materialmente promiscuo por la mezcla que seguiría a la supresión de unos límites que se situarían implícitamente del lado de lo natural en tanto no intervenido por la «civilización».

Por otro, el pensamiento sobre el SIDA/MA permite expresar de forma ritual una comunicación que se percibe conflictiva, aspecto éste ligado inmediatamente a la representación/tematización de la fluidez de los límites. En las modalidades de discurso analizadas, la contracción espacio-temporal del mundo parece elaborarse sobre una oposición de contrarios quebrada: el otro lejano, del lado de lo natural, es a la vez potencialmente un otro yo, próximo, inmerso en la civilización. Si en el discurso del SIDA el peligro parece provenir de la irrupción del otro (el VIH, el seropositivo) en el seno de lo íntimo (el cuerpo, el «cuerpo social»), en el discurso ecologista el camino parece ser el inverso: la invasión de lo propio (la cultura) en lo otro (la naturaleza).

«Cada vez es más frecuente escuchar que el planeta está enfermo y que sus males provienen esencialmente de una sola especie animal: el *Homo Sapiens*. Una especie cuya portentosa adaptabilidad a las condiciones ambientales de la tierra ha resultado ser tan eficiente que podría llegar a poner en peligro su propia supervivencia y la de muchos otros seres vivos.» (Toharia, M., en: Duplessy y Morel, 1993: XI)

«Unos grupos reducidos con contacto infrecuente hubieran diseminado el SIDA muy lentamente a través de la población humana. Es el funcionamiento de la sociedad humana moderna lo que ha diseminado el HIV tan rápidamente. La forma en que nos hemos organizado como cultura nos ha hecho singularmente vulnerables a la súbita, grave y socialmente perturbadora invasión del HIV.» (Clark, 1994: 55)

En el caso del SIDA, el «Paciente Cero»<sup>6</sup> ha venido a condensar simbólicamente las amenazas de la pandemia y las de la modernidad. Representa la duplicidad del «seropositivo», objeto de deseo («el más guapo», Shilts, 1995:54), aparentemente «sano», y «asombrosamente» promiscuo («250 compañeros sexuales al año», *ibid*: 178). En la obra se subraya que su condición de sobrecargo de una línea aérea le permitía transgredir los límites espacio-temporales «normales». La equiparación de promiscuidad sexual y simultaneidad espacio-temporal subraya así el significado común de transgresión.

En el caso del discurso medioambiental, el peligro procede de una globalización de los problemas interpretada como exportación de los «errores» cometidos en Occidente a otras partes del mundo.

«La occidentalización del mundo, cualesquiera que sean sus límites, es un hecho consumado. Aunque en grados diversos, todos estamos occidentalizados y la quiebra de Occidente nos afecta a todos. A pesar de que la occidentalización es sinónimo de abandono para las masas crecientes del planeta, su fracaso final podría tener para ellas unos efectos aún más desastrosos.» (Lautuche, 1993:87)

Dos ejes parecen estar en la base de este tipo de construcciones discursivas: una añoranza de la naturaleza como paraíso, connotada por la pureza y pervertida por la civilización, en la que encontramos expresada de nuevo la imposibilidad referida de pensarse a sí mismo con el medio.

«Esta concepción [ecologista] explica como se ha acabado destruyendo la vieja, simple y natural unidad entre la persona humana y la naturaleza y como ha ido surgiendo la actual concepción del mundo que se traduce en las ansias de dominio siempre creciente sobre las culturas ancestrales y sobre los sistemas naturales.» (Puig i Boix, 1991: 43)

Tanto el discurso del SIDA como el medioambiental, se caracterizan, en lo que a la atribución de culpa como al establecimiento de responsabilidades se refiere, por la oscilación entre la delimitación de culpabilidades altamente vagas y lejanas (paciente cero, drogadictos, homosexuales, desde otra posición, el Estado y las compañías farmacéuticas; Las grandes compañías multinacionales, el capitalismo, el industrialismo) a extremadamente concretas y próximas (el seropositivo asintomático, el ciudadano al que apelan los discursos de las campañas oficiales, «yo mismo»). En ambos casos, lo que parece estar en juego es la fluidez de las diferencias y delimitaciones entre lo legítimo y lo reprobable en las identidades sociales, tan eficazmente ocultada por conceptos como estereotipo.

De esta manera, podría decirse que SIDA/MA constituyen dos formas, culturalmente específicas, de hablar acerca de la relación social y por tanto de la identidad, de pensarlas y hacerlas comprensibles. Asimismo, lo que podríamos denominar el paradigma de la comunicación, les da un marco de comprensibilidad al constituirse en intento de definir en un mismo gesto, los términos de la comunicación y la relación que los une y separa, de hablar el lenguaje de la identidad y la alteridad: comunicación de la sociedad humana con el medio natural, del ego con el otro, del sujeto y su cuerpo.

Ello nos sitúa ante un mecanismo de doble dirección que permitiría pensar el cuerpo y la enfermedad desde una determinada construcción del mundo/naturaleza, y a la inversa, la relación entre cultura y naturaleza se haría

pensable desde el complejo enfermedad-sexualidad. Lo que se dirimiría en definitiva sería una redistribución del sentido de la relación en los tres campos señalados: sujeto-cuerpo, yo-otro, naturaleza-cultura.

Estaríamos en definitiva ante dos versiones en las que opera un mismo eje de producción de sentido ante lo que es percibido como un caos. Reencontramos la ya clásica oposición entre naturaleza y cultura, por lo demás criticable aunque heurísticamente válida, como modo de construir significativamente a partir de la percepción de la ruptura de sentido.

En este contexto, el colapso de la construcción simbólica de la identidad sobre la alteridad social, espacial y geográficamente lejana, se expresa en la irrupción de un Otro, que deja de ser imaginado como lejano, el siempre exótico, para constituirse en el Otro próximo, inmediato. El SIDA construye para sí un caníbal en figuras como la del Paciente Cero, un auténtico mito contemporáneo, expresión metafórica de ese otro genuinamente perverso; o el yonqui tantas veces reflejado en los medios, que ataca a la quintaesencia de la inocencia, en este caso una enfermera, a menudo la infancia, sin que el periodista vea necesario explicar por qué lo hace, y sin que a sus lectores les haga falta porque el ataque sin sentido tiene sentido, es inmediatamente comprensible:

*«UN PRESO CON SIDA AGREDIÓ CON SU SANGRE A UNA ENFERMERA EN UN HOSPITAL DE BARCELONA. Un recluso de la cárcel Modelo de Barcelona, drogadicto y enfermo de SIDA, salpicó con su sangre, de forma intencionada, el rostro de una enfermera del Hospital Clínico. El recluso, afectado por el síndrome de abstinencia, se autolesionó con los cristales de la ventana y agredió a la sanitaria...[Esta] no ha resultado contagiada.»* (El País, 11 de diciembre 1987.)

La oposición yo/no yo, concebida en términos absolutos, deviene peligrosa, abriéndose el horizonte único de la contaminación, de la transgresión categorial signo de crisis, como esquema de cognición. Además, un segundo eje se refiere a la añoranza de un pasado perdido, connotado a su vez por la inocencia, en el que encontraremos una expresión metafórica de la crisis que supone la transgresión de límites.

## 7. Planos de realidad, lógica de lo concreto

**E**stamos ahora en disposición de intentar dar una respuesta al segundo de los interrogantes que planteábamos al principio de este ensayo: cuál es el plano de realidad en el que pueden ser puestos al mismo nivel la crisis medioambiental y la del SIDA.

Apuntamos anteriormente cómo al salirse de sus marcos de referencia, discurso médico o ambiental, se produce una tensión que conduce a una producción de sentido. Hemos intentado asimismo delimitar los terrenos que actúan como focos en esta producción. Al desplazarse hacia el campo de la moral, las categorías de significación ofrecen una resistencia entre lo que es y lo que no es, por un lado, y el nuevo sentido que es creado por medio de los recursos retóricos descritos, por otro. En esta puesta en marcha del sentido/sinsentido son cuestionados y abordados valores culturales fundamentales. Lo que está en juego es una nueva distribución del sentido, una nueva jerarquía de valores y una redefinición de lo que cae de cada lado de ciertas dicotomías básicas, como salud y enfermedad, salud y vida, lo limpio y lo sucio.

Así, se nos pone de manifiesto como estos dos fenómenos que irrumpen, de forma traumática, en el discurso social, son capaces de diluir la frontera entre el orden y el caos. Al retar al sentido y a las categorías básicas de significado ponen de manifiesto la crisis de las categorías dadas aunque sólo sea para precariamente restablecerlas en las sinuosas líneas de la racionalidad.

Estaríamos frente a una crisis de sentido que viene de la mano de una profunda crisis de la definición de la alteridad y la identidad que ya ha sido señalada por varios autores (Baudrillard, 1992; Balandier, 1989; Augé, 1995). Quizás lo que más nos interese resaltar en este contexto sea que precisamente en el marco de esta crisis de la noción misma de relación social, se produzca un desplazamiento del discurso en el sentido de la puesta en relación de órdenes de la realidad antes separados.

La estructura que permite mantener todo el edificio tanto del sentido como del sin sentido se ve amenazada ante la irrupción del acontecimiento. Pero lo que se define como acontecimiento, lo problemático, se da en la tensión entre lo biológico, el hecho material del VIH/SIDA y

de las modificaciones en el MA a resultas de la intervención humana, y los marcos culturales del sentido. Para nuestros fines, entendemos que lo que hace del SIDA y el MA acontecimientos particularmente relevantes es precisamente su capacidad de generar discursos, su papel de límite del sentido instituido. Los discursos que examinamos son enunciados «contra la pared»: Surgen a partir de la aparición de acontecimientos en el sentido señalado frente a los cuales no cabe otro remedio que elaborar nuevos sentidos que los hagan inteligibles, asimilables desde la lógica del «pensamiento salvaje». Es por ello que podría decirse que los discursos que venimos analizando SIDA y MA poseen un marcado carácter ritual, en cuanto que, siguiendo a Lévi Strauss y a Augé, el ritual procura la reintegración del acontecimiento en categorías inteligibles. Pero se trataría en todo caso de ensayos incompletos de ritualización. De ahí que entre en juego la perversidad de la negación presente en los conceptos de degradación y contaminación. La negación es vehículo tanto de lo nombrable como de aquello que no se quiere nombrar, desafiando el azar y la norma. Es decir, tanto el MA como el SIDA se levantan como formas frente a lo dado provocando resistencias entre lo posible finito (la norma) y entre lo imposible infinito (el azar).

Todo ello bajo la cobertura de la contaminación y la degradación. Contaminación que no sólo define a los fenómenos a los que nos enfrentamos sino que también es expresión de la ruptura y la disolución de límites, y es que evidentemente si existen límites es que hay una posibilidad de ser fuera de ellos. La invasión y mezcla de categorías, propias de la contaminación, desafían abiertamente a la pureza, que queda puesta en cuestión a través de un proceso de degradación. Degradación que a su vez condensa la noción de profanación del orden de las cosas en una transición de un estado perfecto a otro imperfecto. Estaríamos, por tanto, ante un desajuste de «lo dado» que posibilitaría la producción de sentido.

## 8. Una tentativa de interpretación

**E**s preciso preguntarse además por qué el proceso puesto en marcha es capaz en última instancia de producir sentido, es decir, cómo es que resulta plausi-

ble la equiparación de SIDA y crisis ecológica en el plano de los problemas planetarios a través de la idea de contaminación como comunicación de opuestos: limpieza/suciedad, salud/enfermedad, vida/muerte.

Hemos dejado entrever un modelo de interpretación que asume la polaridad, la tensión entre el orden y el caos propia de la vida social. Siguiendo a Balandier, afirmamos que toda sociedad debe hacer frente a estos dos problemas: el problema del orden, o la recreación permanente del poder y la estructura; y el problema del desorden, o la constante amenaza del acontecimiento, que se resumen, según Sahlins (1988), en un sólo problema: el de la cultura como práctica. En el primer caso, descubrimos dos operadores fundamentales: el mito y el rito, o la voluntad de dotar de sentido a la realidad a través de la demarcación, el señalamiento de diferencias e identidades.

En cuanto al desorden, nos parece necesario prestar especial atención al modo de operación de la metáfora, la ironía y la paradoja, en cuanto categoría heurísticas que nos aproximan a las formas elementales que operan en la resistencia y la inversión. Éstas serían los modos fundamentales del desorden.

En definitiva, se pretende afirmar que tanto el SIDA como el movimiento ecologista son interpretables como modalidades de expresión de una profunda crisis de la alteridad, perspectiva que nos ofrece claves valiosas para una comprensión más matizada de los fenómenos. Por un lado, SIDA y ecologismo manifiestan la presencia de un déficit de sentido y por otro dan expresión a tal crisis, convirtiéndose así en matrices de la intelección cultural de la alteridad y la identidad.

Toda sociedad construye una imagen de sí y del otro. La antropología ha señalado que en numerosas culturas el término que los nativos utilizan para nombrarse a sí mismos en cuanto grupo coincide con el de ser humano sin más. De esta manera, los límites del grupo coincidirían con los que median entre la humanidad y lo inhumano, lo bestial, lo animal. Este otro imaginado es la fuente de todo peligro, el lado de donde caen aquellas prácticas consideradas como «exteriores» a las categorías humanas. Cardín narra cómo Colón, buscando a la tribu de los Caribes o Caníbales, se encontraba repetidamente con la misma respuesta por parte de los indios con los que entraba en contacto: los

caníbales siempre estaban «una tribu más allá», los bestiales eran siempre los vecinos/enemigos. Colón, naturalmente, nunca vio a un caníbal de cerca (Lo que no le indujo a dudar de su existencia).

Pensarse a sí mismo, según Augé, implica siempre la operación lógicamente anterior de pensar al otro. Concebir la identidad requiere una teoría previa de la alteridad. Nuestra cultura parece haber producido un modo peculiar de pensar la alteridad. Según Augé, la crisis de la modernidad puede interpretarse en términos de una crisis de alteridad: el endurecimiento de la lógica de la identidad a costa de la alteridad supone una auténtica ruptura del vínculo simbólico con el otro, y la imposibilidad de relativizar la diferencia, de representar al otro más que de forma absoluta. Augé relaciona esta «crisis de alteridad» con la desaparición de las instancias de intermediación y la correlativa individualización de las cosmologías.

Parece necesario pensar qué sucede en una cultura en la que en gran medida han quedado desactivados los mecanismos simbólicos que remiten al sujeto a la colectividad de la que forma parte, que le permiten simultáneamente reconocerse a sí mismo en el grupo, y pensarse como individuo. Es relativamente sencillo detectar los síntomas de la crisis de identidad de nuestra sociedad en cuanto tal: una cultura en la que opera una teoría que tiende a conceder al individuo un valor axiológico, ontológico y epistemológico invasivo de otras esferas. Según Baudrillard, *«[e]ste individuo nuevo clonado, metastásico, interactivo, ya no está alienado, es idéntico a sí mismo. (...) La indiferencia del individuo hacia sí mismo y hacia los demás resulta de la indivisión del sujeto, de la desaparición del polo de la alteridad, de su inscripción en lo idéntico, que resulta paradójicamente del requisito para él de ser diferente de sí mismo y de los demás.»* (Baudrillard, 1993: 163) Significativamente, señala este autor otras dos formas de «indiferencia»: la indiferencia del tiempo (la «promiscuidad» de los puntos del tiempo) y del espacio (la «contigüidad de todos los puntos del espacio, que hace que uno no esté en ninguna parte»).

Desaparición de los cuerpos intermediarios, de las grandes instancias proveedoras de sentido... Todo ello nos sitúa ante la necesidad de plantear como problema la construcción significativa del mundo en una cultura en la que el

individuo juega un papel de paradigma, en dos sentidos: como ideología y como instancia a la que se desplaza la tarea de dar sentido a la relación con el otro y el medio. Así, cabe hablar tanto de un complejo cultural «individuo», como de un sujeto de la enunciación, casi en sentido gramatical, encargado de, en palabras de Augé, «Crear los modos de relación con los demás, modos capaces de permitirles vivir y compensar solitariamente el déficit simbólico que acarrea el hundimiento de las cosmologías intermediarias y de sus mediaciones constituidas». La distinción que practicamos entre «individuo» y «sujeto» de la enunciación, pensamos, no es gratuita: remite precisamente a la posibilidad de constitución de una comprensión de nuestra cultura capaz de interpretar, y no decir, las «palabras de la tribu», de practicar una ciencia social crítica con sus propias categorías.

Cuando hablamos del SIDA y del MA, por decirlo de una vez, hablamos de una determinada forma de dar sentido a nuestra relación con el otro en tanto otro yo, el NOS-OTROS, con el propio cuerpo y con el mundo. Los discursos del SIDA y el ecologismo han pasado a jugar un papel crucial en nuestro modo de concebir lo propio y lo ajeno, que engloba la relación del sujeto con su cuerpo, la relación con el otro como otro yo, y la resolución del problema de la posibilidad de pensarnos con el medio, como seres naturales en definitiva. A este respecto no parece ocioso recordar el hecho de que el discurso ecologista surge en sociedades modernas, altamente urbanizadas; es pues una ideología de urbanitas, tanto como el SIDA es un fantasma típicamente urbano.

Son, por lo tanto, dos cuestiones las que deben ser planteadas, o mejor, una sola cuestión en dos versiones; formulado en los términos más radicales: ¿Por qué se constituye el SIDA en amenaza? ¿Por qué la relación del ser humano con el MA deviene problemática?

Cuando los pensadores del ecologismo practican una severa crítica del concepto de progreso y las prácticas asociadas a él, están dando fe del agotamiento de la modalidad clásica de nuestra modernidad de concebir las relaciones con el entorno. Al mismo tiempo, realizan una apuesta por una nueva forma de pensar el papel del ser humano en la naturaleza. La conciencia de una crisis en las relaciones entre lo humano y lo natural es patente, se hace visible, observable, sale a la luz a través de una serie de categorías

que actúan y se convierte en uno de los problemas centrales de la civilización europea.

En este contexto, ¿Qué son, por tanto, el SIDA y la crisis medioambiental? El SIDA no es tan sólo una enfermedad, como el ecologismo es algo más que una mera constatación de los problemas medioambientales, el SIDA y la crisis medioambiental son un síntoma y un generador de sentido. Irrumpen para obligarnos a construir metáforas, a conectar órdenes de sentido distantes en desplazamientos sucesivos de sentido, que son modificaciones en la estructura, en el modo en que se organiza estratégicamente el poder. Pero el SIDA como la Naturaleza parecen estar siempre en otra parte, y nuestra hipótesis es que esta resistencia se hace comprensible a través de un replanteamiento de las nociones de orden y caos como mecanismos básicos de la cultura humana, y después en el seno de una cultura particular, en la cual la matriz identitaria de la cognición del sentido social, el individuo como principio a partir del cual se funda el sentido de lo social, hace un problema el pensar al grupo como un todo. El termino mediador, instancia común y englobante que, a través de la resolución simbólica de un hiato, opere como de relativizador tanto de la identidad como de la alteridad que plantea Augé está ausente, permanece ausente. El único horizonte posible parece ser el endurecimiento de categorías, en clave de rechazo de un desorden que se hace inaprehensible y no se deja reconducir al orden, porque deviene negación absoluta, afirmación absoluta, por tanto, innegociable, no relativizable.

Hemos intentado lo largo de toda esta exposición dar cuenta de la forma, de los mecanismos y de los planos de realidad en que el MA y el SIDA nos permitían el atrevimiento heterodoxo de establecer una comparación entre ellos. El diálogo queda abierto en el plano descriptivo pero aún queda por resolver qué categorías heurísticas son capaces de dar cuenta del problema. Los trops semánticos nos pueden ayudar como herramientas en la comprensión de los fenómenos sociales. La metáfora nos merece un papel privilegiado, no sólo por su eficacia y estética sino por su estructura, que nos pone de manifiesto ese papel creador y destructor a través de la forma liminal que nos interesa subrayar. Así, podemos percibir que el MA y el SIDA, como hemos dejado entrever, funcionan como fenómenos metafóricos.

Si la metáfora se edifica como extraña a la isotopía, y es esa incompatibilidad semántica la que le permite salirse del texto para crear fuera de la lógica de lenguaje, estaríamos frente a una forma de desestructura estructurante. La posibilidad de crear un desorden que redefine a la realidad, en el que no hay un simple enfrentamiento, puesto que la metáfora da respuesta constituyendo una nueva pertinencia, nos conduce a la tensión. Tensión que queremos enfatizar por ese «llegar a ser». Precisamente la metáfora, más cercana a la catástrofe, permite como estrategia desvestir al lenguaje de su función descriptiva directa para pasar al nivel del descubrimiento, desde el cual busca las nuevas pertinencias, alterando y cambiando. Redefine haciendo posible la creación de un nuevo orden, proyectando y revelando algo nuevo (Ricoeur, 1980). Además podemos suponer que el procedimiento que altera y cambia un determinado orden lógico se identifica con el método que da origen a toda clasificación. La capacidad de dar una propuesta por parte de la metáfora la sitúa como artífice de una nueva forma: esa capacidad por parte del pensamiento de proponer desviaciones sobre el orden procurando con ello nuevas clasificaciones.

Esta forma de elaboración de la metáfora, su propia estructura, nos acerca a la comprensión de cómo se conforman los fenómenos a los que nos hemos acercado. Buscábamos detrás de ellos un eje que los estructurara sospechando en ciertas claves como el miedo, el orden, el caos y la naturaleza bajo la capa de la contaminación y la degradación. Consideramos que ambos se erguan como contrapunto, con una nueva propuesta reorganizativa ante el vacío y la desintegración de valores. Esa tensión, ese toma y daca, esas impertinencias que hemos ido subrayando permiten ver que funcionan como fenómenos metafóricos al transgredir el orden, al aparecer como formas fuera de lugar, al crear desorden con sus deslizamientos, al retar a las categorías, forzando con todo ello a desvelar la incertidumbre de lo infinito. Además, la posibilidad de establecer un juego de reflexión entre ambos fenómenos, lo proponíamos considerando que tanto el MA como el SIDA son expresiones que toman como marco de su semantividad la cultura, y por tanto, que tomarán como referente su contexto. Esto es, ambos discursos se forman mediante elaboraciones semejantes.

Todo bajo el amparo de que, al fin y al cabo, toda sociedad es un proyecto de construcción de

mundos, donde la dialéctica, entre el modelo institucionalizado desde la lógica oficial, se entrecruza con el modelo liminal de la lógica creadora. La dinámica propia de la cultura permite que la actividad ordenadora o reguladora sea algo en constante cambio donde cualquier esquema cerrado que intente apresar su fugacidad se estampe ante los muros de la incompreensión. Y es que nuestra naturaleza es el desdoblamiento del caos ordenante y del orden caótico aunque nos neguemos a reconocer la desestructurada estructuración de nuestro mundo.

## 9. (In) Conclusiones

**S**ería, por nuestra parte, pretencioso concluir una primera aproximación a nuestros objetos. La complejidad de los mismos y la complejización que han sufrido en nuestras manos, trampa mortal pero a la que no se puede escapar, nos lleva más bien a inconclusiones, a la apertura de nuevos interrogantes sobre nuestras investigaciones y sobre la propia realidad social que nos seduce. Sólo nos queda, por tanto, realizar una rápida mirada hacia atrás.

Nuestro trabajo ha ido encaminado hacia un intento de desentrañar la redefinición que se está elaborando socialmente acerca de nuestras relaciones con nos-otros y con el entorno, ante lo que hemos considerado un desajuste de «lo dado» que posibilitaría la producción de sentido. El ecologismo y el SIDA aparecerían entonces como una forma determinada de dar sentido.

Hemos partido de ver como articulaban sus discursos, de qué modo legitimaban sus construcciones, para pasar a considerar como se asociaban en base a dos modelos. Por un lado, la enumeración nos ponía en conexión los campos semánticos; por otro, las metáforas en torno a la comunicación/contaminación, nos acercaban ambos fenómenos, dando paso además a una invasión de esferas, a una mezcla y disolución de categorías. La degradación junto con la centralidad de los conceptos de contaminación ambiental y contagio nos permitieron ver la disolución de las demarcaciones tradicionales, y cómo a través de una restitución metonímica se daba el paso hacia una degradación total, social. La localización espacial en sus planos simbólico, geográfico y social nos llevó a la marginalidad, al reto de las nociones del

otro y de la naturaleza concebidas de modo absoluto, y a la problemática de los límites.

Todo dentro de lo que hemos visto que se ha venido interpretando como fenómenos propios del mundo posmoderno: la globalización y la contemporaneidad absoluta que llevan a la ruptura espacio-tiempo. Precisamente esta disolución de las categorías espacio-temporales nos abría hacia la redefinición de aspectos centrales como la alteridad y la identidad. Y junto a ello no hemos querido olvidar que la desaparición de las grandes instancias proveedoras de sentido dejan al individuo la tarea de compensar el déficit simbólico creando modos de relación con los otros y con el medio.

Para finalizar, hemos querido acercarnos a la metáfora, a su estructura, para ver en un sentido metafórico cómo nuestros objetos se constituyan de forma similar. El SIDA y el MA serían formas liminales que por sus características de desestructuras estructurantes permitirían cuestionar todo el edificio de «lo normal». El poder queda, así, al descubierto jugando a la ocultación de cartas, y forzado a sacar el comodín para que el azar y la norma vuelvan a situarse bajo la penumbra de su farol.

## NOTAS

<sup>1</sup> Dentro del movimiento ecologista existen numerosas corrientes de pensamiento. En este artículo, aún sabiendo que caemos en una simplificación excesiva de sus discursos, nos hemos centrado en aquellos aspectos que podemos encontrar en distintas versiones del mismo. En cuanto al discurso del SIDA, quedan excluidos del presente análisis tanto la producción del saber biomédico como los textos englobables bajo la etiqueta de los Cultural Studies, que merecerían sin duda un tratamiento diferenciado.

<sup>2</sup> Nos hacemos eco aquí de las aportaciones de la sociología y la antropología de la ciencia, especialmente LATOUR (1992, 1993) y LATOUR y WOOLGAR (1995). A este respecto resulta especialmente relevante la crítica feminista al pensamiento científico. Ver, por ejemplo, Sandra HARDING (1991) y Donna HARAWAY (1995).

<sup>3</sup> L.L. HAY afirma: «No podemos ceder ante aquéllos que se empeñan en considerar el sida como una enfermedad que mata a todo el mundo. Nosotros decidimos en qué creer. Creemos en la vida, en el amor y en la curación» (HAY, 1990:279)

<sup>4</sup> Así, el mítico primer informe del Club de Roma llevó por título «Los límites del crecimiento». Durante la década de los setenta se utilizó esta expresión como fórmula para frenar el incontrolable desarrollismo industrial. En los ochenta se cambió por el «desarrollo sostenible» y en los noventa los ecologistas cuestionan si no se estará «sosteniendo el desarrollo» por lo que propugnan la introducción de los «límites ecológicos».

<sup>5</sup> Los términos «planeta», «tierra» y «mundo» son utilizados de forma reiterativa en los discursos ecologistas. Podría pensarse que son sinónimos pero nos parece necesario señalar que hacen referencia a conceptualizaciones diferentes. No vamos a profundizar en ellos aquí. Simplemente queríamos llamar la atención sobre la importancia que posee la diferenciación de estas tres categorías.

<sup>6</sup> Nace hacia 1982 como hipótesis de trabajo en los primeros estudios epidemiológicos, con el fin de demostrar el carácter sexualmente transmisible de la enfermedad. El personaje «real» fue posteriormente dramatizado por SHILTS [1986] (1995) y la película homónima, estrenada en 1994.

## BIBLIOGRAFÍA

- AUGÉ, M. (1993): *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa
- AUGÉ, M. (1995): *Hacia una Antropología de los mundos contemporáneos*, Barcelona, Gedisa.
- AUGÉ, M. (1996): *El sentido de los otros. Actualidad de la antropología*, Barcelona, Buenos Aires, México, Paidós.
- AGGLETON, P. y HOMANS, H. (1988): *Social Aspects of AIDS*, East Sussex, Filadelfia, The Falmer Press.
- BALANDIER, G. (1989): *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Gedisa.
- BAURILLARD, J. (1993): *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*, Barcelona, Anagrama.
- BIAGI, E. (1987): *Un sol maligno, SIDA*, Madrid, Mondadori
- BILLIET, L.E. (1995): *HIV-SIDA: La época de la inmunodeficiencia*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- BOTKIN, D. (1993): *Armonías discordantes. Una ecología para el siglo XXI*, Madrid, Acento.
- CARDÍN, A. (ed.) (1991): *SIDA: enfoques alternativos*, Barcelona, Laertes.
- CARDÍN, A. (1994): *Dialéctica y canibalismo*, Barcelona, Anagrama.
- CLARK, C. (1994): *AIDS and the Arrows of Pestilence*, Golden, Colorado, Fulcrum Publishing.
- COMISIÓN MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DEL DESARROLLO (1989): *Nuestro futuro común*, Madrid, Alianza Editorial.
- COMMONER, B. (1992): *En paz con el planeta*. Ed. Crítica, Barcelona.
- DELGADO RUBIO, A. (1994): *SIDA: Todo lo que la sociedad necesita saber*, Separata de la revista *Tu salud*, Madrid-Barcelona, Grupo Z y Fundación Wellcome España.
- DOUGLAS, M. (1988): *Símbolos naturales*, Madrid, Alianza Universidad.
- DOUGLAS, M. (1975): *Pureza y peligro*, Madrid, Siglo XXI.
- DUPLESSY, J. y MOREL, P. (1993): *Temporal sobre el planeta*, Madrid, Acento.
- ECO, U. (1989): *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, Barcelona, Lumen.
- ELIAS, N. (1990): *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península.
- FERRY, L. (1994): *El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal y el hombre*, Barcelona, Tusquets.
- FOLCH, R. (1990): *Que lo hermoso sea poderoso. Sobre ecología, educación y desarrollo*, Barcelona, Alta Fulla
- FOUCAULT, M. (1991): *El nacimiento de la clínica; una arqueología de la mirada médica*, México, Siglo XXI.
- FOUCAULT, M. (1990): *Historia de la sexualidad, tomo I: la voluntad de saber*, México, Siglo XXI.
- GALLO, R.C. (1989): «El virus del SIDA», en: VV.AA: *El SIDA*, Madrid, Ed. Prensa Científica.
- GALLO, R.C. y MONTAGNIER L. (1989): «El SIDA hoy», en VV.AA., *El SIDA*, Madrid, Ed. Prensa Científica.
- GARCÍA FERRANDO, M. y PARDO AVELLANEDA, R. (1993): *Ecología, relaciones industriales y empresa*, Bilbao, Ed. Fundación BBV.
- GARCÍA, E. (1995): *El trampolín faustic. Ciència, mite i poder en el desenvolupament sostenible*, Valencia, Alemania.
- GIDDENS, A. (1991): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza editorial.
- HALL, E. (1986): *La dimensión oculta*, México, Siglo XXI.
- HARAWAY, D. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.
- HARDING, S. (1991): *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from Women's lives*. Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.
- HAY, L.L. (1990): *El SIDA: Cómo abordarlo de manera positiva*, Barcelona, Ediciones Urano.
- HERDT, G. y LINDENBAUM, S. (1992): *The times of AIDS. Social Analysis, Theory, and Method*, California, Londres, Nueva Dehli, Sage.
- CONSEJO SOBRE LA CALIDAD AMBIENTAL Y EL DEPARTAMENTO DE ESTADO EEUU (1981): *El mundo en el año 2000*, Madrid, Tecnos.
- JACQUARD, A. (1994): *Este es el tiempo del mundo finito*, Madrid, Acento.
- LATOUR, B. (1992): *Ciencia en acción*, Barcelona, Labor.
- LATOUR, B. (1993): *Nunca hemos sido modernos. Ensayo de Antropología simétrica*, Madrid, Debate.
- LATOUR, B. y WOOLGAR, S. (1995): *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*, Madrid, Alianza Universidad.
- LAUTACHE, S. (1993): *El planeta de los naufragos. Ensayo sobre el posdesarrollo*, Madrid, Acento.
- LEMKOW, L. y BUTTEL, F. (1983): *Los movimientos ecologistas*, Madrid, Mezquita.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1987): *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*, México, Siglo XXI.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1988): *El pensamiento salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MARANTZ HENIG, R. (1995): *Las fronteras del virus*, Madrid, Acento.
- MEADOWS, D.H. (1972): *Los límites del crecimiento*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MESAROVIC, M. y PESTEL, E. (1974): *La humanidad en la encrucijada. Segundo Informe al club De Roma*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MONTAGNIER, L. (1995): *Sobre virus y hombres. La carrera contra el SIDA*, Madrid, Alianza Editorial.
- PATTON, C. (1996): *Fatal Advice. How Sex Education went wrong*, Durham y Londres, Duke University Press.
- PUIG I BOIX, J. (1991): *L'Ecologisme*, Barcelona, Barcanova
- RICOEUR, P. (1987): *Tiempo y Narración*, Madrid, Ed. Cristiandad.
- RICOEUR, P. (1980): *La metáfora viva*, Madrid, Ed. Cristiandad.
- RIECHMANN, J. y FERNÁNDEZ BUEY, F. (1995): *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Barcelona, Paidós.

- RIECHMANN, J. (1991): *¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia*, Madrid, Revolución.
- ROSALES, S. y SALGADO, A. (1994): *Historia del SIDA. Crónica de la enfermedad del Siglo XXI*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad.
- SAHLINS, M. (1988): *Islas de Historia*, Barcelona, Gedisa.
- SANDNER, O. (1990): *Sida. La pandemia del siglo*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- SANMARTÍN ARCE, R. (1992): *Identidad y creación. Horizontes culturales e interpretación antropológica*, Barcelona, Ed. Humanidades.
- SANMARTÍN ARCE, R. (1991): *Don Juan y Las Meninas o la obediencia en el poder: Negaciones afirmativas para la creación simbólica*, Madrid, Casa de Velázquez.
- SERINUS, J. (1991): «Cuerpo, corazón y mente: Estamos curando el SIDA», en Cardín, A. ed. (1991).
- SERRANO, P. (1985): *Guía para la prevención del SIDA*, Barcelona, Ed. Obelisco.
- SHEALY, C.N. y MYSS, C. (1992): *SIDA, puerta de transformación*, Barcelona, Luciérnaga.
- SHILTS, R. (1995): *En el filo de la duda*, Barcelona, Ediciones B.
- SOSA, N. (1990): *Ética Ecológica*, Madrid, Ed. Universidad Libertarias.
- TAMAMES, R. (1982): *La educación ambiental*, Madrid, Ed. Nuestra Cultura.
- TAMAMES, R. (1992): *La reconquista del Paraíso. Más allá de la Utopía*, Madrid, Ed. Temas de Hoy.
- TREICHLER, P. (1992): «AIDS, HIV and the Cultural Construction of reality», en HERDT, G. y LINDENBAUM, S., *The Times of AIDS. Social Analysis, Theory and Method*, Londres, Nueva York, Nueva Dehli, Sage.
- TURNER, V. (1988): *El proceso ritual*, Madrid, Taurus.
- TURNER, V. (1990): *La selva de los símbolos*, Madrid, Siglo XXI.